

CON LA ESCOBA

Estaban encendiéndose las luces de la calle cuando el aprendiz, con su escoba al hombro, salió por las calles del pueblo. Iba silbando y se dirigió hacia una lucecilla. Se abrió una ventana sobre su cabeza. Era la casa del señor José y un niño de cabello dorado preguntó:

- ¿Quién eres tú?
- Soy el aprendiz del tendero Ezequiel. Dile a tu padre si quiere que barra su tienda por muy poca cosa a cambio.
- ¿Qué cosa a cambio?
- Solamente un trocito de carne.

El niño entró y volvió a salir, muy alegre, pues aquel aprendiz silbaba una canción muy bonita y le gustaba escucharla.

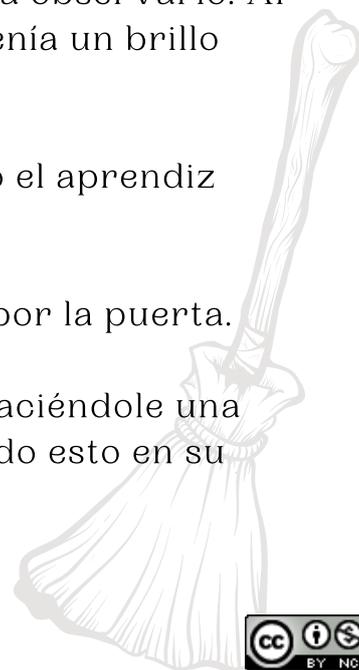
-Pasa -dijo-. Mi padre está conforme. Dice que siente compasión al saber quién es tu amo.

El aprendiz entró en la tienda oscura y fría, y empezó a barrer. El hijo del señor José se sentó en los peldaños de la escalera a observarlo. Al rato, se dio cuenta de que lo que barría el aprendiz tenía un brillo extraño.

- Llama a tu padre y dile que he encontrado algo- dijo el aprendiz cuando formó un montoncito en el suelo.

- ¿Qué diablos quieres? -gritó el señor José al entrar por la puerta.

- Oh, señor, no se enfade conmigo -dijo el aprendiz, haciéndole una reverencia-. Sólo quería avisarle de que he encontrado esto en su tienda.



El señor José se agachó a mirarlo, y empezó a dar gritos de alegría:

- ¡Oro, oro! ¡Venid todos, que hemos encontrado oro!

Acudieron la mujer y los niños. A todos les corrían lágrimas por las mejillas.

-Toma tú la mitad. Por haberlo encontrado -dijo el señor José.

-No -respondió el aprendiz-. Sólo quiero un trocito de carne.



Ana María Matute
El aprendiz (adaptación)

